Un cuadro de Turner

The Fighting Temeraire... (1838)

J. M. William Turner

The Fighting Temeraire tugged to her Last Berth to be broken up.
(El Luchador Temerario remolcado a dique seco para el desguace).

Obra del pintor romántico británico Joseph Mallord William **TURNER**.
Óleo sobre lienzo: 91 cm × 122 cm • Romanticismo
National Gallery de Londres, Londres, Reino Unido

La pintura representa una escena de la que el propio Turner fue testigo en 1838: el destino final del HMS Temeraire. El momento en el que es remolcado desde la base de la flota —Sheerness— en la desembocadura del Támesis, hasta su destino final: el desguace. El Luchador Temerario, buque de 98 cañones de la armada británica, a cuyo mando estuvo el comandante Harvey, representó un papel fundamental en la flota que dirigió el almirante Nelson en la Batalla de Trafalgar.

Cuando el *HMS Victory* de Nelson era cogido entre dos fuegos enemigos y una bala procedente del *Redoutable* abatía al almirante inglés, el *Temeraire*, que acompañaba a la nave insignia británica, arremetió con furia al barco enemigo y a cuantos lo rodeaban, evitando su hundimiento, y con ello, el de la moral de sus compatriotas.

El cuadro es también un homenaje a lord Nelson y al poderío de la Royal Navy, que se enfrentó en la Batalla de Trafalgar en 1805 a las dos escuadras más potentes de su tiempo: la Grande Armée del todopoderoso Bonaparte a cargo del general Villeneuve, y a la española, heredera de la "Armada Invencible", aliada y dependiente del general francés. La importancia de esta batalla fue vital para la historia pues supuso el primer gran fracaso de Napoleón, que tuvo que postergar para siempre la invasión de Inglaterra. Recordar que la Grande Armée se encontraba acampada en esos días en las playas de Boulogne, junto al paso de Calais, frente a las costas británicas, dispuesta para la invasión. Ante la imposibilidad de recibir refuerzos por mar, Bonaparte decidió por fin arremeter por tierra a los austriacos, cruzando media Europa hasta tomar Viena y apoderarse del frente del este en la gran batalla de Austerlitz. Pero Napoleón quedaría duramente tocado tras esta derrota ya que Trafalgar supuso ceder a Inglaterra el dominio de los mares, lo que imposibilitaba definitivamente posteriores conquistas.

Esta espléndida marina al atardecer, que ya resulta excepcional estéticamente como pintura, es una composición perfectamente equilibrada en la que Turner ha

situado a los barcos a un lado y al frente, mientras al otro lado y al fondo, dejó tras el litoral al gran sol poniente del ocaso. La combinación de colores y la iluminación resultan magníficas, al fundir armoniosamente en gruesas pinceladas impresionistas los tonos anaranjados con los azules pálidos, lo que la dota de un cariz romántico y evocador. El lienzo es una obra crepuscular llena de simbolismos y repleta de significado. Bajo la superficie se encuentra una nostálgica reflexión sobre el fin del imperio inglés, de cómo los días de gloria ya han pasado y el que fuera el mayor símbolo del poder del ejército inglés, navega rumbo a su muerte: los astilleros de la flota, donde será desarmado. El ocaso del sol simboliza el fin del imperio y el fin de una brillante época, la de los grandes navíos de línea, cuando el imperio británico dominaba los mares, pero también la época de los grandes veleros, que acaban de ser sustituidos por los barcos de vapor (representados por el remolcador).

Este cuadro era uno de los preferidos de Turner y ha sido interpretado también como una reflexión del pintor sobre su propia vejez.

Recuerdo aquel precioso cuadro cuando visité por primera vez la National Gallery de Londres, hace más de veinte años. He estado después y he ido a buscarlo, y lo he encontrado aún más bello que entonces. Y me he sentado solo frente a él con la docta audioguía y me he quedado allí quince largos minutos inolvidables. Meses después no me pude resistir a hacer una copia del cuadro a tamaño real, comprarle el mejor marco posible y colgarlo de la pared más visible del salón de mi casa. Y cada vez que lo miro recuerdo aquella maravillosa ciudad cosmopolita y sus museos, inabarcables (como sus parques, de los que ellos alardean diciendo que en ellos podría caber entera París). Y recuerdo *Trafalgar* de Galdós, el primero de sus Episodios Nacionales, y a Pérez Reverte, que también utilizó de marco esta corta pero decisiva batalla, tan siniestra para unos y tan gloriosa para otros. Y no recuerdo a Nelson, sino a Napoleón —personaje adictivo del que padecí—; y recuerdo sus días en Egipto y mi fiebre por la egiptología y por los criptogramas (desde Champollion hasta Enigma, la maquinita de los espías); y de ahí acabo pensando en las guerras, y en las innumerables almas, más o menos heroicas, que han dejado la vida en ellas por una causa noble o por la causa de otros. Vidas efímeras al fin y al cabo, como todas.

Las grandes obras de la pintura, como todas las grandes obras maestras, abren un universo al espectador rico en matices, donde se conjugan los elementos estéticos con otros de tipo biográfico, histórico y de muchas otras disciplinas, abriendo un abanico de sugerencias y evocaciones culturales que la elevan por encima de su valor intrínseco y nos ayudan en cierta medida a ampliar nuestros horizontes.

JJGC

29-X-2020